

que, alrededor de cada ciudad, vive en simbiosis con ella. El punto de vista regional representa aquí, pues, la insistencia en lo fundamental del espíritu geográfico, luego de detenerse en los aspectos parciales de una geografía general de las ciudades.

La obra de P. George, y la de J. Beaujeu-Garnier y G. Chabot cuyas tramas hemos presentado a modo de aproximación a la problemática urbana, contienen no sólo un denso tratamiento del fenómeno, urbano en sus variadas manifestaciones y aspectos, sino también incitaciones que es necesario trasladar al estudio concreto de nuestras ciudades. Su lectura es sumamente conveniente en nuestros países hispano-americanos, en los que el desconocimiento de la realidad urbana —salvo algunas excepciones— no permite en estos momentos una acción eficaz desde el punto de vista urbanístico ni las soluciones que una razonable previsión de esos problemas requiere urgentemente.

M. Z.

*Las tierras áridas y el hombre. El reto de las tierras áridas de los Estados Unidos*  
Publicación N.º 74 (Versión Español), Washington, American Association for the Advancement of Science, 1963, 512 pp.

Un impresionante volumen, en una espléndida edición española publicada por el Mimeographing Bureau of the University of Arizona, de Tucson, nos trae esta serie de artículos referentes al problema de la aridez en los Estados Unidos, cuyo impulso editorial y dirección se debe a Carl Hodge y Peter C. Duisberg. Un análisis cuidadoso de los valiosos aportes que incluye, nos llevaría a excedernos dentro de las posibilidades de nuestro boletín. Baste decir que se presentan 23 artículos de otros tantos colaboradores, precedidos de un resumen interpretativo de Carl Hodge y, como culminación, una extensa bibliografía, de cerca de un centenar de estudios sobre la cuestión, en idioma inglés.

La mayor parte de la obra (pp. 1-442) contiene estudios, de la más diversa índole, sobre enfoques parciales del gran tema de la aridez. Los hay de tipo histórico, como el que responde, precisamente, al título de *Antecedentes históricos*, escrito por Ira G. Clark; o el de Richard Woodbury sobre *La adaptación del indio al ambiente árido*. Entre estas consideraciones de corte teórico, la progresión de artículos aborda primero las condiciones naturales, por ejemplo, en *Clima: causas diversas de la aridez*, por Ralph M. McGehe, y en *Los suelos en el oeste árido*, por Harold E. Dregne. Luego, se pasa a apreciar la presencia del hombre, entre otros en los capítulos referentes a *La aridez y la agricultura*, por Linton Gardner; *Los factores humanos en el desarrollo del desierto*, por Douglas H. K. Lee; *El desarrollo económico de las regiones áridas*, por Morris E.

Garnsey y Nathaniel Wollman; *Instituciones políticas y sociales en las zonas áridas*, por Dean E. Mann.

La segunda parte (pp. 443-505) se refiere a casos concretos, experiencias de implantación del hombre en las regiones áridas, enfocadas no con criterio geográfico regional sino como muestras de aspectos parciales que ejemplifican a propósito de intentos significativos. Citemos, en este sentido, el trabajo de Andrew W. Wilson acerca de *Tucson y su aprovisionamiento de agua*; el de Edgar A. Imhoff sobre *Embudo: el ascenso y descenso de un programa*; el de Harold E. Thomas, cuyo tema es *Central Valley: aprovechamiento máximo del agua*; en fin, el de Harold M. Kautz: *Sandstone Creek: cómo se salvó una hoya hidrológica*. No falta el estudio de lo urbano, el de la "megalópolis que se desborda hasta los valles desiertos del interior", estudio llevado a cabo por Warren A. Hall: *Los Angeles: las etapas del crecimiento de una metrópoli*. Pese al título, aparentemente de gran amplitud temática, las pocas páginas que se le consagran (pp. 471-481) —por cierto muy interesantes— ligan solamente el desarrollo de la ciudad al problema del agua, tanto en lo tocante al aprovisionamiento para bebida y riego, como a sus efectos en la propiedad de la tierra. La sequía que afectó a la región, con algún alivio pasajero, desde 1862 a 1890, "marcó el fin de las grandes haciendas de ganado, y comenzó el interminable proceso de la subdivisión". Con la llegada del ferrocarril se afianzó la colonización, pero se produjo la mayor especulación de tierras registrada en la historia de los Estados Unidos. La economía basada en la citricultura tomó auge con la importación de agua desde Sierra Nevada (a 400 km) y se consolidó con la utilización del río Colorado, por medio de esa obra maestra de ingeniería que es Boulder Dam.

La diversidad de artículos mantiene, sin embargo, una línea de preocupación centrada —como es obvio— en el motivo que inspira la obra. Pero además, se da una tónica inspiradora: la necesidad de lograr o de restablecer el equilibrio entre las condiciones naturales y las obras del hombre. Ya en el prefacio, Luna B. Leopold destaca esa idea, que subyace en la intención de los distintos autores, más destacable en los desiertos porque la interrelación de las formas vivientes e inanimadas "a causa de su naturaleza árida, está en un equilibrio aún más delicado que el de otros tipos fisiográficos o climáticos". Como síntesis de los intereses del volumen, vale la pena detenerse, entonces, en el artículo inicial de Carl Hodge, que responde al título de *La aridez y el hombre: un resumen interpretativo*. En el panorama general de los problemas planteados por la aridez, dice bien Hodge que para comprender la civilización actual en las zonas áridas de los Estados Unidos, hay que tener en cuenta tres actitudes sociales: "Son las actitudes hacia los recursos, hacia los descubrimientos hechos por las investigaciones y hacia la ciega continuación de costumbres adquiridas en un ambiente húmedo". Son, por cierto, las actitudes que pesan en la Argentina y en otros países. Se traducen en un desconocimiento de lo más apropiado para cada zona, en una resistencia a la aplicación de principios que la ciencia demuestra adecuados, y, como consecuencia

de lo uno y de lo otro, se da en casi todas partes lo que, en este libro, menciona el autor para Estados Unidos: “el traslado hacia el Oeste de las costumbres y actitudes de la húmeda región oriental”.

Estas inadecuaciones se han pagado caras y la obra que nos ocupa tiene el inmenso valor de constituir a ese respecto un nuevo y serio llamado de atención. La lectura detenida de sus páginas es sumamente ilustrativa y señala rumbos en esta cuestión, una de las que algunos organismos nacionales, como la Comisión sobre Investigaciones de Zonas Desiertas y Áridas, de Estados Unidos, y otros internacionales como la Unesco, a través de su Comisión Asesora sobre Investigaciones de las Zonas Áridas, están encarando más activamente.

M. Z.

PEDRO PINCHAS GEIGER, *Evolução da Rêde Urbana Brasileira*, Río de Janeiro, Centro Brasileiro de Pesquisas Educaionais, 1963, 457 p.

“El estudio de las ciudades conduce a la comprensión, no sólo de su elementos formales, sino también de la organización del espacio, en las respectivas regiones, y, en fin, de toda la coyuntura económico-social del país. Por otro lado, ese estudio lleva a la conclusión de que el desarrollo de mercados urbanos es elemento dinámico de la evolución económica y de las transformaciones en el uso de la tierra”. Esta apreciación que Geiger inserta al comenzar el último capítulo de su obra, es la tónica esencial con que considera el fenómeno urbano, la cual se trasluce a través de las consideraciones teóricas sobre la cuestión y de los casos concretos de Brasil.

Ya en la introducción se plantea el problema de la definición de ciudad, con los distintos criterios que se adoptan para ello, desde el político-administrativo y el meramente numérico, hasta el funcional. Y adelanta entonces que, antes que perderse en discusiones ociosas, convendría detenerse a hablar —como lo hace George— de categorías de ciudades o de grandes series urbanas, inspiradas en la consideración de los tipos históricos de los procesos de urbanización.

Los apartados dos, tres y cuatro, al mismo tiempo que presentan los aspectos globales del complejo urbano brasileño, sirven de puente para la búsqueda de un criterio satisfactorio que —según lo quiere el autor— atienda a la vez a una cierta tipología y permita, asimismo, la inserción en un contexto regional.

Dentro de esa finalidad, el capítulo segundo aporta observaciones sobre la organización urbana de Brasil, desde un ángulo básicamente estadístico. Hay una proliferación de datos acerca de las ciudades, en su actividad económica; en su crecimiento y el correlativo aumento de los sectores terciarios de la población activa; en el grado de urbanización de los diferentes Estados; en el problema de su inestabilidad; en los caracteres de la concentración urbana, en pequeñas, grandes y medianas urbes —estas últimas entre 50.000 y 100.000 habitantes—